

### D. MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO (1918-1988)

En la historia de la Filología Clásica el nombre de D. Manuel Fernández-Galiano habrá de ocupar, sin duda, un lugar relevante. Ante todo, naturalmente, por la propia importancia de su personalidad y actividad científica. Pero también por un hecho que desde la perspectiva histórica no puede ser olvidado, el de que el Profesor Fernández-Galiano haya formado parte del grupo de helenistas que a partir de los años cuarenta hizo que los estudios helénicos en España pasasen de la tradicional postración que tantas veces había sido deplorada por figuras eminentes de nuestra vida cultural a un estado de florecimiento que provocó el entusiasmo de la intelectualidad.

D. Manuel poseía por naturaleza la cualidad fundamental del filólogo, la facilidad para el aprendizaje de lenguas y, al venir a unirse la posesión natural de este don con una extremada curiosidad intelectual y una voluntad decidida de satisfacerla, generó cualidades que pocas veces se dan en una misma persona, como la amplitud extraordinaria de los ámbitos de interés y la minuciosidad extrema en el detalle. Y así su quehacer filológico pudo beneficiarse, en cada momento concreto, de la aportación de esa vastísima cultura sin perjuicio de que la atención se concentrase en el texto o problema particulares.

Del mismo modo, en ciertas ocasiones (Safo, Píndaro, Menandro) su simultánea competencia (nada frecuente, por cierto) como filólogo, papirólogo y estudioso de la literatura le confirió una autoridad muy notable. A esta multiplicidad de saberes habría que añadir (hecho todavía más infrecuente) un conocimiento muy profundo de la lingüística griega que se manifiesta en todos y cada uno de sus trabajos.

Poseyó en grado extraordinario el don de la sociabilidad, que en el ámbito científico se reflejó en el gusto por el trabajo colectivo, en franca y feliz oposición al tópico del individualismo hispánico que en el mundo universitario es con demasiada frecuencia cierto; colaboró, entre otros, con su maestro José Manuel Pabón, al que guardó ejemplar lealtad y devoción.

En el campo universitario y de la organización científica no rehuyó los cargos de responsabilidad a que la calidad de su trato social y su preparación intelectual parecían destinarle. Como Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad central de Madrid, Director del Instituto «Antonio de Nebrija» del C.S.I.C., Director de la revista *Estudios Clásicos*, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y Vicerrector de la Universidad Autónoma de Madrid, dio amplia muestra no sólo de las referidas aptitudes sino también de su eficaz capacidad de gestión. El conjunto de sus cualidades quizá encontraba marco especialmente feliz en el Curso de Humanidades Clásicas de la Universidad de Santander, en el que se conjuntaban en singular armonía ciencia y humanidad; lo hubiese encontrado también sin duda en el ámbito de la Real Academia Española de la Lengua, que tardó demasiado en llamarle.

La personalidad de D. Manuel ha sido caracterizada con frecuencia y acierto como la de un humanista, figura a la que le aproximaban las características que ya hemos apuntado: interés por el establecimiento de los textos clásicos y por su traducción, exégesis y comentario; condición de «hombre de letras» que conoce lenguas, domina el estilo y practica entusiastamente la lectura en múltiples campos; cualidades de relación social que le permiten desempeñar con éxito funciones de representación y gestión. Le vinculaban también al humanista su amor por el libro, que le llevó a procurarse una magnífica biblioteca personal, y su voluntad de no restringirse al ámbito de las propias fronteras.

Pero este retrato de D. Manuel quedaría incompleto si a su condición de humanista en el sentido que acabamos de caracterizar no añadiésemos la constatación de su bien conocida y valorada humanidad, que se manifestó en el afecto que mostró hacia su maestro y sus discípulos, en la afabilidad y exquisita urbanidad de su trato, que le granjeó múltiples amigos y, con carácter general, en un fino y penetrante conocimiento de la naturaleza humana que tiñó siempre sus juicios de ponderación y le mantuvo alejado de cualquier forma de extremosidad.

La trayectoria científica del Prof. Fernández-Galiano fue tan dilatada y rica que al reseñante se le plantea, a la hora de referirla (incluso de una manera muy selectiva, como forzosamente ha de ser el caso), un problema de procedimiento; hemos preferido, en último término, una exposición temática a la estrictamente cronológica, que quizá fuese preferible en el caso de un autor de obra menos amplia.

Los varios trabajos de D. Manuel sobre los poemas homéricos culminaron en la importante introducción a la versión rítmica que de la *Odisea* había realizado D. José Manuel Pabón, su maestro (1982) y, so-

bre todo, en una de sus contribuciones más perdurables, al formar parte de la edición comentada de la *Odisea* que la Fundación «Lorenzo Valla» encargó a una multiplicidad de autores muy prestigiosos de diversos países; se trata del texto de los libros XXI-XXIV y las introducciones y comentarios de los XXI y XXII.

Las publicaciones científicas del Prof. Fernández-Galiano se habían iniciado con un trabajo pindárico, hecho significativo de un interés por la lírica arcaica que será una de las constantes de su actividad. El comentario a las *Olimpicas* de Píndaro, obra también temprana (1944), ampliada en una segunda edición (1946), se caracteriza, sobre todo, por la atención minuciosa a la exégesis de la totalidad del texto, sin rehuir ninguna dificultad.

En este mismo ámbito de la lírica arcaica se sitúa su monografía sobre Safo, una obra de plena madurez (1958) que alcanzó notable repercusión y desempeñó seguramente un papel decisivo en consolidar la reputación internacional de D. Manuel. La interpretación de la personalidad de Safo, tomando en consideración una perspectiva freudiana, fue importante en un ámbito como el de la Filología Clásica en el que tales estudios eran entonces rigurosamente excepcionales; por lo mismo tuvo un interés particular en la España de aquella época. Cuando en 1980 el propio autor se mostraba considerablemente escéptico respecto a «aquellos escarceos freudianos» no hacía más que dar ejemplo de rigor intelectual. En sus trabajos dedicados a Safo, al igual que en los consagrados a Píndaro y a otros líricos arcaicos, hizo gala D. Manuel de aquella acendrada preparación filológica que ha llevado una propuesta suya para un pasaje del famoso *óstrakon* sáfico a ser acogida en las ediciones más reputadas.

Una infatigable labor de traducción desarrollada a lo largo de sus últimos años incluyó también el género trágico y produjo una obra que, por su envergadura misma y el vigor del empeño, habrá de figurar entre las más perdurables.

Un autor al que el Prof. Fernández-Galiano se volvió con frecuencia fue Platón. La aparición en 1949 de los tres volúmenes de la edición bilingüe que nos ofreció (en colaboración con D. José Manuel Pabón) de *La República* platónica puso en manos de la cultura española una de las obras fundamentales de la Antigüedad. En esta edición crítica y bilingüe, al igual que en la de los discursos I-XII de Lisias y en la de *Las Leyes* platónicas (una vez más, en este caso, en colaboración con D. José Manuel Pabón) el rigor filológico de D. Manuel pudo manifestarse en toda su plenitud, tanto en el acierto a la hora de configurar el texto

y recoger las variantes en el aparato como a la de realizar una traducción fiel y precisa.

La atención de D. Manuel no se redujo a los períodos arcaico y clásico, sino que, desde una fecha temprana, se proyectó también sobre el helenístico. Menandro, en concreto, fue autor al que profesó gran admiración y dedicó trabajos notables; varios, e igualmente brillantes, fueron los consagrados a diversos textos de la *Biblia griega* (contando para alguno de ellos con la colaboración de su discípulo Luis Gil). Su contribución a la *Historia de la literatura griega* dirigida por Juan Antonio López Férez, dedicada a la poesía helenística menor, es un modelo de documentación.

Ya desde los comienzos mismos de su actividad, con un trabajo sobre «Los papiros de tragedias griegas en los últimos años» (1945) daba muestra D. Manuel de su interés por el apasionante mundo de los papiros; estudió, después, una gran variedad de textos papiráceos de diversa índole. Como editor de textos y experto en papirología no le fueron ajenos, naturalmente, los problemas de la transmisión del texto de los autores griegos; en este terreno una contribución particularmente relevante es la que forma parte de la *Introducción a Homero*, tarea colectiva que marcó un hito importante en la historia de los estudios helénicos en España (1963). Para esta misma obra escribió D. Manuel un riguroso capítulo sobre «Homero y la posteridad» que es muestra particularmente notable de una faceta de su actividad científica que en modo alguno puede ser omitida: la consagrada a la pervivencia de temas y motivos de la Antigüedad en autores postclásicos, temática de la que se había venido ocupando desde los propios comienzos de su actividad investigadora. La otra parte con la que contribuyó a la misma obra, «El marco histórico de la epopeya», es muestra, como lo habían sido sus *Diecisiete tablillas micénicas* (1959) de su interés por toda novedad importante en el ámbito de los estudios helénicos.

En esta referencia, que difícilmente podía ser breve dada la amplitud de la obra de D. Manuel, no puede faltar, para terminar, al menos una alusión a su actividad en el ámbito de las letras latinas. Un volumen muy significativo de este doble interés lo constituye el titulado *Títiro y Melibeo* (1984), en el que presentó su traducción de la poesía pastoril grecolatina.

Tal es, en resumen muy incompleto, la obra de uno de los científicos españoles que ha gozado del pleno reconocimiento internacional.

JESÚS LENS TUERO